

LIBRO 4

CUANDO LA ESPERANZA SE CONVIERTE EN ESPERA

Desesperanza, futuro
y responsabilidad ciudadana



VIA CÍVICA

Índice

El cansancio de esperar (Introducción)	01
La desesperanza no siempre se nota	02
El problema de vivir esperando el momento perfecto	03
Tener esperanza no significa negar la realidad	04
Prepararse también es una forma de actuar	05
El futuro también necesita ciudadanos	06
Para reflexionar	07
Esperar menos, prepararnos más	07



VÍA CÍVICA

El cansancio de esperar

Hay una forma de desesperanza que no siempre se presenta como derrota. A veces las personas siguen trabajando, cuidando de sus familias, haciendo planes y resolviendo los problemas de cada día. Desde afuera puede parecer que continúan con normalidad. Sin embargo, en algún lugar más profundo han dejado de esperar demasiado del país.

No necesariamente dicen que todo está perdido. Quizás incluso expresan el deseo de que algún día las cosas cambien. Pero ese deseo ya no ocupa un lugar importante en sus decisiones. Se ha convertido en una frase que se repite sin demasiada convicción: *“Algún día Nicaragua cambiará.”*

El problema comienza cuando ese “algún día” no tiene relación con ninguna acción presente.

La persona espera que ocurra algo: un cambio político, una crisis, una negociación, una presión internacional o la aparición de un nuevo liderazgo. Mientras tanto, la vida continúa. Se trabaja, se sobrevive, se emigra, se envían remesas, se cuida a la familia y se intenta resolver lo inmediato.

Todo eso es comprensible. Nadie puede vivir permanentemente pendiente de un acontecimiento político. Pero una sociedad enfrenta un problema cuando la espera reemplaza completamente a la esperanza.

Esperar y tener esperanza no son exactamente lo mismo.

Esperar puede significar permanecer a la expectativa de que algo ocurra. La esperanza, en cambio, puede convertirse en una disposición para reconocer que un futuro diferente es posible y que vale la pena prepararse para él.

Esta diferencia es particularmente importante para Nicaragua. Después de años de crisis, frustraciones y oportunidades que parecieron abrirse para luego cerrarse, es natural que muchas personas hayan aprendido a desconfiar de las promesas. Cada nueva expectativa puede ser recibida con cautela. Cada anuncio de cambio puede provocar la pregunta: *“¿Y ahora qué va a pasar?”*

El cansancio colectivo tiene razones.

Pero ningún país puede prepararse para su futuro si sus ciudadanos dejan completamente de imaginarlo.

Este cuaderno propone reflexionar sobre esa diferencia entre **esperar que algo cambie y comenzar a prepararse para el cambio**. No se trata de fabricar optimismo ni de ignorar las dificultades. Se trata de preguntarnos qué ocurre cuando la desesperanza comienza a convencernos de que no vale la pena pensar, aprender, organizarnos o asumir responsabilidades.

Porque quizás el mayor triunfo de una crisis prolongada no sea convencer a las personas de que el presente es difícil.

Sea convencerlas de que **el futuro ya no les pertenece.**

1. La desesperanza no siempre se nota

Cuando pensamos en una persona desesperanzada, solemos imaginar a alguien que ha abandonado completamente sus expectativas. Pero en la vida de una sociedad, la desesperanza puede ser mucho más silenciosa.

Puede aparecer cuando los jóvenes dejan de imaginar su futuro dentro del país. Cuando una familia organiza sus planes pensando únicamente en cómo salir adelante fuera de Nicaragua. Cuando alguien con capacidades decide que involucrarse en cualquier asunto colectivo es una pérdida de tiempo. Cuando las conversaciones sobre el futuro terminan siempre con la misma frase: *“Aquí nunca cambia nada.”*

Estas actitudes no significan necesariamente que las personas hayan dejado de querer a su país. Muchas veces significan exactamente lo contrario. La frustración puede ser mayor precisamente porque existe una relación afectiva profunda con aquello que se ha perdido o que parece imposible recuperar.

Pero existe un punto en el que la frustración puede transformarse en resignación.

La persona ya no espera demasiado para evitar sentirse nuevamente

decepcionada. Reduce sus expectativas. Deja de discutir ciertos temas porque considera que no tiene sentido. No se informa, no participa y no se prepara, porque ha llegado a la conclusión de que cualquier esfuerzo será inútil.

Esta forma de desesperanza es peligrosa porque puede convertirse en una profecía que se cumple a sí misma. Si todos aquellos que tienen capacidades para aportar concluyen que nada vale la pena, la sociedad pierde precisamente a muchas de las personas que necesitará cuando aparezcan oportunidades de cambio.

La desesperanza, por tanto, no es solamente un sentimiento individual. Puede convertirse en un problema público.

Una sociedad que ha dejado de creer completamente en su capacidad de construir algo diferente comienza a delegar su futuro en acontecimientos que no controla. Espera que alguien más resuelva sus problemas y, mientras espera, deja de prepararse para participar cuando llegue el momento.

Eso no significa que cada ciudadano tenga la capacidad de transformar por sí solo una realidad política compleja. Sería ingenuo pensar así. Existen estructuras de poder, condiciones internacionales y circunstancias que escapan al control individual.

Pero entre pensar que una persona puede resolverlo todo y pensar que no puede

hacer absolutamente nada existe un amplio espacio.

En ese espacio comienza la responsabilidad.

2. El problema de vivir esperando el momento perfecto

Las sociedades cansadas suelen buscar un acontecimiento que cambie definitivamente la situación. Puede ser una elección, una negociación, una crisis interna, una decisión internacional o la aparición de una figura capaz de unir a quienes están dispersos.

Algunas veces esos acontecimientos son importantes. La historia demuestra que los cambios políticos pueden acelerarse de manera inesperada y que situaciones aparentemente permanentes pueden transformarse en períodos relativamente cortos.

Pero esperar un acontecimiento no es lo mismo que prepararse para él.

Existe una tendencia a pensar que primero debe cambiar el contexto y que solamente después tendrá sentido discutir ideas, formar ciudadanos o preparar liderazgos. Según esta lógica, mientras las condiciones no sean favorables, lo más razonable sería esperar.

El problema es que las oportunidades no siempre avisan cuándo van a llegar.

Cuando una sociedad espera hasta que el cambio sea evidente para comenzar a

prepararse, puede descubrir que llega tarde. Las transiciones políticas suelen abrir períodos de incertidumbre en los que las decisiones deben tomarse con rapidez. Si no existen personas formadas, propuestas discutidas y organizaciones capaces de actuar, el vacío puede ser ocupado por quienes estén mejor preparados, aunque no sean necesariamente quienes representen las mejores ideas.

Prepararse no significa creer que el cambio ocurrirá mañana.

Significa reconocer que, si algún día ocurre, el país no podrá comenzar desde cero.

Será necesario contar con ciudadanos que comprendan los desafíos. Personas capaces de asumir responsabilidades. Profesionales dispuestos a aportar. Organizaciones con ideas y capacidad de diálogo. Jóvenes que no tengan que aprender todo en medio de una crisis.

Por eso, esperar el momento perfecto puede convertirse en una forma elegante de posponer indefinidamente la responsabilidad.

El contexto nunca será completamente favorable. Siempre existirán riesgos, desacuerdos y razones para pensar que todavía no es el momento.

Pero hay cosas que pueden hacerse antes.

Se puede estudiar. Se puede dialogar. Se pueden analizar experiencias de otros países. Se pueden formar personas. Se

pueden construir relaciones de confianza. Se pueden discutir propuestas y preparar respuestas para problemas que inevitablemente deberán enfrentarse.

Estas tareas pueden parecer menos emocionantes que esperar un gran acontecimiento político. Sin embargo, muchas veces son las que determinan qué ocurre después.

El futuro no comienza el día en que cambia el poder. Comienza mucho antes, cuando una sociedad decide prepararse para ejercer la responsabilidad que ese cambio traerá consigo.

3. Tener esperanza no significa negar la realidad

Hablar de esperanza en medio de una crisis puede provocar desconfianza. Las personas han escuchado demasiadas promesas y discursos optimistas que después no se han cumplido. Por eso, cualquier mensaje que parezca minimizar las dificultades corre el riesgo de resultar vacío.

La esperanza no puede basarse en negar la realidad.

No consiste en afirmar que todo saldrá bien. Tampoco significa garantizar que el cambio está cerca o que existe un resultado asegurado. Nadie puede ofrecer honestamente ese tipo de certezas.

Una esperanza madura comienza precisamente por reconocer las dificultades.

Reconoce que existen problemas graves. Que el país ha sufrido pérdidas. Que muchas familias están separadas. Que la reconstrucción será difícil. Que habrá desacuerdos y que ningún cambio resolverá automáticamente todos los problemas acumulados durante años.

Pero reconocer esas dificultades no obliga a concluir que el futuro está decidido.

Entre el optimismo ingenuo y la desesperanza absoluta existe otra posibilidad: una actitud que reconoce los obstáculos y, aun así, se niega a aceptar que esos obstáculos sean la última palabra.

Esa es la diferencia entre esperanza y simple optimismo.

El optimismo puede depender de la sensación de que las cosas mejorarán. La esperanza puede existir incluso cuando no tenemos garantías, porque se basa también en la decisión de actuar sobre aquello que todavía está dentro de nuestras posibilidades.

Una persona puede no saber cuándo cambiará Nicaragua y, al mismo tiempo, decidir prepararse para aportar cuando tenga una oportunidad. Puede reconocer que una organización tiene limitaciones y, aun así, colaborar para fortalecerla. Puede sentirse frustrada por los errores de la oposición y, sin embargo, concluir que la

respuesta no es abandonar completamente el espacio público.

La esperanza activa no exige certezas.

Exige una decisión: no entregar completamente el futuro a la desesperanza.

4. Prepararse también es una forma de actuar

Cuando pensamos en participación ciudadana, a menudo imaginamos acciones visibles: asistir a una reunión, participar en una organización, publicar una opinión o asumir una responsabilidad pública.

Todas esas formas de participación pueden ser importantes. Pero existe otra forma de actuar que muchas veces pasa desapercibida: prepararse.

Un país que atraviesa una crisis profunda necesitará personas preparadas para enfrentar problemas complejos. Necesitará conocimientos sobre instituciones, economía, educación, justicia, administración pública y muchas otras áreas. Pero también necesitará algo menos técnico y, al mismo tiempo, indispensable: ciudadanos capaces de dialogar, escuchar y trabajar con personas que no piensan exactamente igual.

Esa preparación puede comenzar ahora.

Puede consistir en estudiar un tema que será importante para la reconstrucción del país. En conocer cómo han enfrentado

otros países procesos similares. En aprender a comunicar ideas sin convertir cada desacuerdo en una confrontación. En participar en espacios de formación o reflexión.

También puede significar revisar nuestras propias expectativas sobre la política.

Durante demasiado tiempo, muchas sociedades han esperado que la política produzca soluciones casi mágicas. Aparece un nuevo líder y se deposita sobre él la responsabilidad de resolver todos los problemas. Cuando no lo consigue, la frustración es todavía mayor.

Prepararse como ciudadano también significa abandonar esa expectativa.

Una democracia sana necesita personas capaces de apoyar a sus representantes, pero también de cuestionarlos. De colaborar, pero no obedecer ciegamente. De reconocer los avances, pero también señalar los errores.

Por eso, prepararse no es una actividad secundaria que puede dejarse para después.

Es una inversión en el futuro común.

Cada persona puede encontrar una manera distinta de hacerlo:

- Profundizando en el conocimiento de un problema nacional.
- Participando en procesos de formación ciudadana o política.

- Desarrollando capacidades profesionales que puedan servir al país.
- Aprendiendo a dialogar con quienes sostienen ideas diferentes.
- Conociendo mejor los derechos y responsabilidades de los ciudadanos.
- Apoyando espacios serios de reflexión, organización y propuestas.

No todas estas acciones producen resultados inmediatos. Pero ayudan a responder una pregunta fundamental: **¿quién estará preparado cuando Nicaragua necesite personas capaces de asumir responsabilidades?**

5. El futuro también necesita ciudadanos

Es fácil imaginar el futuro como algo que otros construirán.

Un nuevo gobierno tomará decisiones. Los partidos propondrán candidatos. Los expertos diseñarán políticas públicas. Las instituciones internacionales ofrecerán apoyo. Todo eso puede ser necesario.

Pero una democracia no funciona correctamente cuando los ciudadanos delegan completamente su responsabilidad en quienes ocupan cargos.

El futuro de Nicaragua necesitará buenos dirigentes. Sin duda. Pero también necesitará ciudadanos capaces de exigir, participar y colaborar.

Esto es especialmente importante después de una experiencia autoritaria. Cuando una sociedad ha vivido durante años bajo un poder que decide desde arriba, puede mantenerse la costumbre de esperar que las grandes decisiones siempre provengan de alguien más. Incluso después de un cambio político, existe el riesgo de sustituir un grupo de dirigentes por otro sin transformar la relación entre el ciudadano y el poder.

La democracia exige algo diferente.

Exige ciudadanos que comprendan que su papel no termina cuando apoyan a alguien. La participación no debería reducirse a esperar instrucciones o defender automáticamente a quienes consideramos aliados.

Una ciudadanía responsable debe ser capaz de hacer al menos tres cosas: participar, exigir y colaborar.

Participar, porque los asuntos públicos no pueden quedar completamente en manos de unos pocos.

Exigir, porque quienes reciben responsabilidades públicas deben responder ante la sociedad.

Colaborar, porque ningún gobierno puede resolver por sí solo todos los problemas de una nación.

Estas tres responsabilidades requieren ciudadanos que no estén esperando permanentemente que otro comience.

La pregunta, entonces, no debería ser únicamente cuándo llegará el cambio.

También debemos preguntarnos qué haremos nosotros cuando llegue.

¿Estaremos preparados para participar?

¿Tendremos ideas?

¿Conoceremos los problemas que habrá que resolver?

¿Seremos capaces de colaborar con quienes piensan diferente?

¿O descubriremos, demasiado tarde, que pasamos años esperando un futuro para el que nunca nos preparamos?

El futuro no pertenece únicamente a quienes estén en el poder cuando llegue el momento de cambiar.

También pertenecerá a quienes hayan decidido prepararse para asumir su parte de responsabilidad.

Para reflexionar

La desesperanza puede convencernos de que nada de lo que hagamos tiene importancia. La espera puede hacernos pensar que nuestra única tarea consiste en observar los acontecimientos hasta que aparezca una oportunidad.

Pero entre la resignación y la ilusión ingenua existe un espacio mucho más útil: la preparación consciente.

Vale la pena preguntarnos:

- ¿Estoy esperando que algo cambie o me estoy preparando para participar si el cambio ocurre?
- ¿Qué conocimientos o capacidades necesito desarrollar para aportar al futuro del país?
- ¿He convertido la frustración en una razón para abandonar completamente los asuntos públicos?
- ¿Qué puedo hacer hoy, dentro de mis posibilidades, que pueda tener valor mañana?
- ¿Soy capaz de tener esperanza sin necesidad de recibir garantías?
- ¿Qué tipo de ciudadano quiero ser cuando Nicaragua vuelva a abrir espacios para la participación y la libertad?

Estas preguntas no exigen respuestas heroicas.

Tampoco requieren que todos sigan el mismo camino.

Pero sí invitan a superar una idea que puede resultar cómoda y, al mismo tiempo, profundamente limitante: que nuestro papel comienza solamente cuando las condiciones ya son perfectas.

Esperar menos, prepararnos más

Después de años de incertidumbre, es natural sentir cansancio. Es comprensible desconfiar de las promesas y dudar de los anuncios que presentan cada acontecimiento como el principio definitivo de una nueva etapa.

Nadie debería exigir optimismo obligatorio.

Pero tampoco podemos permitir que la decepción nos convenza de que el futuro no merece ningún esfuerzo.

Nicaragua puede atravesar todavía momentos difíciles. El cambio puede tardar más de lo que muchos esperan. Puede llegar de una forma distinta a la imaginada y traer nuevos problemas que deberán enfrentarse.

Nada de eso elimina la necesidad de prepararse.

La historia no espera a que una sociedad se sienta completamente lista. Las oportunidades pueden aparecer cuando menos se esperan y desaparecer con rapidez. Por eso, la mejor manera de relacionarnos con un futuro incierto no es permanecer inmóviles hasta recibir una garantía.

Es comenzar a construir capacidades.

Formarnos.

Dialogar.

Organizarnos.

Pensar.

Preparar propuestas.

Fortalecer la confianza.

Aprender de nuestros errores y de las experiencias de otros.

Todo esto puede parecer insuficiente frente a la magnitud de los problemas nacionales. Pero una sociedad que se prepara está en mejores condiciones de aprovechar las oportunidades que una sociedad que ha pasado años esperando que alguien más las cree.

La esperanza no consiste en asegurar que Nicaragua cambiará mañana.

Consiste en negarnos a creer que, por difícil que sea el presente, no tenemos ninguna responsabilidad sobre el futuro.

Quizás la pregunta ya no debería ser únicamente:

¿Cuándo cambiará Nicaragua?

Quizás deberíamos comenzar a preguntarnos:

¿Estoy preparado para ayudar a construirla cuando tenga la oportunidad?

Porque esperar puede ser inevitable.

Pero convertir la espera en nuestra única forma de relacionarnos con el futuro es una decisión.

Y Nicaragua necesitará, cuando llegue el momento, ciudadanos que hayan decidido hacer algo más que esperar.



www.viacivica.org